

# IN MEMORIAM

## JOAQUÍN CARRERAS ARTAU

### ALGUNOS RECUERDOS DE UNA LARGA AMISTAD

Escribir sobre la persona del ilustre maestro de la Historia de la Filosofía española, doctor don Joaquín Carreras Artau, es para mí abrir escape a una gran nostalgia de mis tiempos de juventud y de mis años gerundenses, y con ello corro el peligro de dejar desdibujada la figura científica de mi amigo, ahogada por el cúmulo de pequeños detalles que para la mayoría de mis lectores han de carecer de significado. Pero yo no puedo hablar de Joaquín Carreras con un criterio erudito, pues mi ignorancia filosófica me obligaría, para valorarle, a hacer referencia a opiniones ajenas, pero sí, en cambio, puedo hablar de él como gerundense y compañero de tantos años. Sólo con que extractara la nutrida correspondencia que de él guardo desde 1915 quedaría manifiesta buena parte de su vida y su actitud ante las vicisitudes del país y la Universidad.

Mis recuerdos de Joaquín Carreras quedan difusos en las brumas de la adolescencia e incluso de la infancia. Había nacido en el seno de una familia de la alta menestralía de Gerona, el último de los cinco hijos, teniendo dos hermanos y dos hermanas. Su padre, Tomás, procedía de la comarca de Figueras. Su madre era oriunda del Mas Artau de Vilovi. La familia estaba ligada a actividades intelectuales puesto que su padre poseía una acreditada imprenta en la ciudad de los Sitios, que había pertenecido a su familia desde principios del siglo XIX. Su hermano mayor, el *hereu*, Tomás, había de sobresalir muy pronto en el campo de la Filosofía y en cierta manera él fue quien orientó la actividad científica de su hermano menor. Era Gerona en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del actual, una ciudad rica en el orden espiritual, de donde habían salido una serie de eruditos y escritores notables, en la que estaba todavía fresco el recuerdo de aquel gran esfuerzo cultural que representó la «Revista de Gerona», que contaba con un Instituto de Segunda Ense-

ñanza en el que brillaron algunos excelentes profesores, una ciudad con sus poetas y artistas, sus eruditos y aficionados y donde los temas de Historia y Arqueología eran especialmente cultivados.

Joaquín Carreras tiene unos pocos años más que yo. Creo recordar que mi primera memoria de su existencia, mi primer recuerdo de él, se contiene en la imagen que quedó vivamente grabada en mi infantil memoria al verle en la abierta portalada de la Catedral gerundense, tras el obispo y como paje del mismo, llevando un gran almohadón rojo, mientras mis padres comentaban que era Joaquín, el hijo del impresor Carreras. Después mis recuerdos se ligan con él en el gimnasio. El gimnasio Balmes fue una institución en los primeros años del siglo en Gerona. Ocupaba una amplia nave en los bajos del bello palacio gótico de la Fontana de Oro; en la calle de Ciudadanos. Allí un viejo y malhumorado profesor que lo era al mismo tiempo del Instituto, a quien queríamos a pesar de ello, y cuyo tipo físico era el más opuesto que cabe imaginarse para una tarea semejante, don Ramón Balmes, mantenía difícilmente la disciplina entre unas docenas de muchachos que iniciábamos el moderno culto a la Gimnasia en medio de una serie de aparatos, poleas, escaleras, pesas, etc. Creo que algún día vale la pena que alguien estudie más a fondo este centro por el que pasaron varias generaciones de gerundenses que han tenido influencia en la ciudad. Yo lo conocí ya en una fase de decadencia y recuerdo que habían pasado por él Buenaventura Carreras, Camps Arboix, los Hermanos Sánchez, Carlos Gómez, que continuó y modernizó este gimnasio, los hermanos Roca y muchos otros que destacaron en los orígenes del fútbol en Gerona. Allí me encontraba yo con Elías y José Serra Ráfols, Pelayo Negre y Joaquín Carreras. Cito éstos tan sólo porque con ellos me unió una precoz afición histórica, que hacía que muchas veces descuidáramos los ejercicios obligatorios para hacernos preguntas sobre temas de Historia. A todos dominaba en este aspecto Pelayo Negre, que ha seguido siendo entrañable amigo de nuestro biografiado y mío a la vez, cuya imaginación caballeresca le llevaba a contarnos las hazañas de Otger Cataló y sus varones de la fama y otros episodios semejantes.

Mis recuerdos de Joaquín Carreras pasan entonces del Gimnasio de la calle de Ciudadanos, cercano a la gran casa donde habitaba con su familia delante la iglesia de San Martín y casi enfrente de la Imprenta fami-

liar, al Campo de Marte, en la Dehesa, donde por los años 10, 11 y 12, la afición al fútbol nos contagiaba por vez primera a todos, llegándose incluso a que el Seminario tuviera un equipo. Éste fue realmente notable por sus excelentes jugadores y sólo con que cite a tres de ellos que más tarde han sobresalido en el profesorado, los Rvdos. Colom, Llauro y Noguera, se verá la importancia formativa que aquel ensayo pudo tener. Pues bien, Joaquín Carreras jugaba de delantero centro en aquel equipo y no lo hacía mal. Aún parece que le estoy viendo chutando a puerta. Su carrera futbolística sin embargo, hubo de truncarse por el peligro que para él representaba el tener que usar gafas.

Fue alumno del Instituto antes que yo y por pertenecer a la enseñanza libre, no debimos encontrarnos mucho por aquellos oscuros pasillos del viejo convento habilitado para Instituto de Segunda Enseñanza y donde aún sigue. Volvimos a encontrarnos en la Universidad. Yo estudiaba un curso posterior al suyo, tanto en la Facultad de Derecho como en la de Filosofía, y naturalmente, nuestra vieja relación gerundense y la gran amistad que me unía a pesar de la diferencia de edad con su hermano Tomás, con el que estudiábamos juntos el inglés, reforzaba entre nosotros una intimidad que ya no había de truncarse.

Eran aquellos años de gran inquietud. Había empezado la primera guerra mundial, se presentían grandes transformaciones. ¡Qué más podían pedir nuestras mentes juveniles llenas de ilusiones y con afanes de renovación total! Si se repasa la lista de los que en los años 14 al 18 figuraban en las aulas de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, se encontrarían muchos nombres que luego habían de figurar en la avanzada intelectual de Cataluña. Con Joaquín Carreras estudiaba en ambas Facultades, Joaquín Xirau; el hermano menor de éste, Antonio, estudiaba conmigo. Mientras estudiaba inglés con Tomás Carreras, inicié los estudios de alemán con su hermano Joaquín, teniendo como tercer compañero otro genial aprendiz de filósofo, Crexells; con los dos hermanos nos carteábamos en inglés y guardo sabrosa correspondencia de ambos en dicha lengua, así como el borrador de mis respuestas.

Por aquellos años, Joaquín Carreras encontró su camino, renunciando definitivamente a seguir en el Seminario, y se lanzó decidido a intensificar sus estudios de Filosofía. Tenía para ello una preparación adecuada y sobre todo nos admiraba a todos por su profundo dominio del latín, que

tanto había de servirle más tarde en su investigaciones de Historia del pensamiento medieval.

Aun sin ser yo alumno de la sección de Filosofía se me alcanzaba muy bien el contraste entre los dos compañeros, Xirau y Carreras, contraste de mentalidad y de método. Ambos eran de tierras gerundenses, pero mientras el primero, nacido en la capital del Ampurdán, tenía toda la genialidad, fantasía, poder de captación y vocación por el progresismo, a veces extremado, tan frecuente en los altoampurdaneses, el segundo, hijo de la levítica Gerona estaba marcado por la seriedad, la profundidad, la mesura, la contención en el razonamiento y en la exposición. Los dos eran típicos representantes de esos dos polos de la tierra gerundense.

Una afortunada circunstancia hizo que nuestro contacto no se interrumpiera del todo en verano. Al estar casada su hermana Anita con un farmacéutico de Torroella de Montgri, el pueblo de mis ascendientes paternos y en el que yo pasaba todas mis vacaciones, y tener ella interés en gozar de la compañía de su hermano menor, nos llevó en junio de 1916 a pasar dos semanas en su casa. Largas caminatas nos llevaron días enteros por la Montaña del Montgri, las pintorescas Dunas o la abrupta costa con sus agrestes calas. Al atardecer, el paseo hasta el Coll d'En Garrigás donde unas rocas parecían ofrecernos cómodos asientos para que ambos, junto con el joven maestro de la villa, Pedro Blasi, excelente amigo tan lleno de curiosidad por aprender mis clasificaciones botánicas como por asimilar algo de los densos juicios filosóficos de Joaquín Carreras, discutiéramos sobre todo lo divino y lo humano, a lo mejor contemplando a lo lejos el paso de un convoy de barcos aliados por detras de las islas Medas. Aunque muchas veces volvimos juntos a los mismos lugares, el encanto de aquellos días del 16 en que todavía nos veíamos libres de preocupaciones y en que gozábamos sin medida de los encantos de la Naturaleza, no se borró jamás de la mente de ambos. Durante bastantes años aún volvió Joaquín a Torroella y esto hizo que figurara durante varios veranos entre la juventud que entonces parecía bulliciosa y que hoy sorprendería por lo comedida, que en un incipiente turismo tomaba sus baños en la maravillosa playa del Estartit. Más tarde, repetidas excursiones nos llevaron a recorrer otros paisajes de la Costa Brava.

Tras la crisis de su vocación y no sin cierta oposición familiar, Joaquín Carreras, se adentraba cada día más por el camino científico de la

investigación filosófica, abandonando el camino de la abogacía, con la idea de llegar a la cátedra, y como todos nosotros entonces, teniendo la ilusión de llegar a la cátedra de Universidad pero intentando antes la conquista, que parecía más fácil de una cátedra de Instituto, lo que no siempre resultó así.

El curso 18-19 nos reunía aún más íntimamente en Madrid al ir a parar ambos, junto con un compañero común, Salvador Roca Lletjós, de Lérida, donde pocos años más tarde era catedrático de Historia, a una modesta pensión de la pintoresca calle del Pez, núm 19, en la que convivíamos con un grupo de andaluces bullangueros y patriotas exaltados que miraban a los catalanes con mucho recelo. De los meses allí pasados podríamos contar muchas sabrosas anécdotas. El lugar se hallaba muy cerca de la vieja Universidad de la calle de San Bernardo, en la que cursábamos las asignaturas de doctorado, él las de Filosofía, nosotros las de Historia. Teníamos sin embargo, una asignatura común, la Sociología que profesaba don Severino Aznar, quien ante el conjunto de brillantes alumnos catalanes a los que trató siempre con gran afecto (estudiaban con nosotros también Batista y Roca, ya iniciado en la Etnología, y Feliu Egidio) solía repetir con frecuencia dirigiéndose a los alumnos no catalanes: ¿Qué hace Castilla? Fueron aquellos unos meses inolvidables, en un Madrid que preludiaba futuros trastornos, de contacto con nuevos horizontes, de largos paseos y de visitas a lugares famosos, de inquietudes de todo género y de constantes episodios propios de nuestros años mozos. Estando allí perdió a su padre.

Pronto, en 1920, ganó una cátedra de Filosofía en el Instituto de Palencia. Estuvo allí pocos días y tras dos años de excedencia dedicados a elaborar la tesis doctoral, leída en 1922 en Madrid, y durante los cuales fue ayudante del doctor Serra Hunter en nuestra Facultad, obtuvo por concurso la cátedra de Lugo. En esta ciudad residió un año, pudiendo pasar entonces a la misma cátedra en Reus. Su estancia en esta última localidad dio motivo a que yo hiciera mi primera visita a Poblet en su compañía. De ella creo que es la primera ocasión de que guardo recuerdo fotográfico de nuestra amistad.

En el otoño de 1925, mientras yo hacía las oposiciones en que obtuve mi primera cátedra universitaria, Joaquín Carreras estaba realizando las que habían de llevarle al Instituto de Barcelona. Recuerdo aún el día

en que en la habitación de su casa de huéspedes madrileña, me confirmó su noviazgo con la que un año después fue su esposa.

Catedrático él ya de Barcelona y yo de la Universidad de Santiago primero y de Valencia después, pasamos unos años que nos vimos con menos frecuencia. Mi venida a Barcelona en 1933 para integrarme en la Universidad autónoma dio motivo a renovado trato aunque éste nunca se había interrumpido, alimentado por tantos recuerdos de juventud. Por otra parte su hermano Tomás siguió siendo para mí, dentro y fuera de la Facultad, un protector y amigo decidido y cordial. En múltiples ocasiones las circunstancias hicieron que la ayuda de ambos hermanos pudiera ser preciosa, como lo fue la que me prestaron cuando yo regresé a Barcelona en febrero de 1939. Unos años más tarde, en 1951, tuve la gran alegría de que una brillante oposición le incorporara a nuestra Facultad como catedrático numerario aunque ya llevaba entonces diez años colaborando en ella como profesor auxiliar, aparte un intento de encargarle un curso en 1936, fallido por su no aceptación. Siempre lamenté que nuestra organización universitaria, que sigo juzgando deficiente, hubiese retrasado tanto esta incorporación que ha privado a nuestra Facultad de Filosofía y Letras de los frutos que un mastro de su calidad habría dado, sobre todo en la formación de una escuela de investigadores de la Historia de la Filosofía hispana. Aun ahora, no pudo abandonar del todo las tareas docentes en Segunda Enseñanza, tan necesarias y elevadas, pero evindentemente distintas de las investigadoras que constituyen la característica de la enseñanza universitaria. En cierta manera, Joaquín Carreras ha sido víctima de los fallos de nuestra organización aunque acaso él, con su modestia, se haya resignado a ello. Además, siempre he creído que sus especiales dotes, que hicieron de él un ejemplar secretario del Instituto Balmes, le habrían llevado a los más altos cargos directivos en la Facultad y aún en la Universidad si se hubiera incorporado antes a ellas.

A lo largo de esta vida de relación seguida e íntima, toda una serie de virtudes personales han constituido el factor constante de Joaquín Carreras como amigo. Como profesor y científico, los elementos básicos de su vida han sido: vocación decidida, preparación remota y próxima para el cultivo de su especialidad, serenidad de juicio, eclecticismo de escuela, grandes dotes expositivas, trabajo metódico y constante. Desde fuera de su especialidad así he visto yo la vida del que como amigo ha sido una

de las más fieles, devotas y entrañables personas con las que he convivido.

Diría que es el amigo a quien he visto más igual a través de tantos años, desde aquella imagen suya de la Catedral de Gerona hasta ahora. Todavía constituye una de nuestras comunes alegrías al emprender juntos el ya tan fácil y cómodo viaje a Gerona, con cualquier pretexto—a facilitarémoslo han acudido los viejos amigos de la Inmortal Ciudad al darnos cargos directivos en el Instituto de Estudios Gerundenses— y pasar allí unas horas que nos traen inefables recuerdos de más de medio siglo.

Con gran alegría, meditando sobre la vida de mis amigos y compañeros de antaño, veo desfilar ante mí las etapas de las carreras de nuestro homenajead y compruebo que su trayectoria ha sido ininterrumpida y le ha llevado a las más altas realizaciones científicas y a la cumbre del profesorado, como él había soñado en sus años juveniles. Para él, la «jubilación» no ha de ser sino la «liberación» de tareas que requieren la plenitud física de la juventud, dejando mayor ocasión para las tareas que un científico desea más fervientemente: las del estudio, la investigación, las de maestro a su vez de investigaciones. Que Dios le reserve todavía muchos años para estas elevadas misiones del universitario.

LUIS PERICOT GARCÍA

*Convivium*, núms. 17-18 (Barcelona 1964) 9.

No intento en estas breves líneas trazar la personalidad insigne del gran maestro de la Historia de la Filosofía: el Dr. D. Joaquin Carreras y Artau —q. s. g. h.— ya que escapa a mis posibilidades. Solamente puedo hablar de él como querido amigo y con carácter puramente anecdótico.

Una amistad sincerísima nos unió íntimamente; por esto me resulta doloroso hablar de su persona ya que lo tengo metido en el alma casi desde la niñez.

Me adelantaba un curso en los estudios del Seminario, y yo unos pocos meses en edad; pero dado que en varias asignaturas se unían los dos cursos, parecíamos realmente condiscípulos, y, de hecho, así nos tratábamos.

El debió comenzar los estudios eclesiásticos en el curso de 1904-1905, y cesó en ellos, definitivamente, en el de 1912-1913, terminado el primer

curso de Teología. Simultaneaba las asignaturas del Seminario con las del Bachillerato, que cursaba como alumno libre, sobresaliendo siempre en todas ellas, en ambos Centros docentes.

Mis primeros recuerdos acerca de él se ciñen al juego de pelota que efectuábamos en la tradicionalmente denominada «Rambla» (patio interior del Seminario de aquellos años, que subsistió hasta 1942) del que era un entusiasta, como lo fue, más tarde, en el fútbol, en cuyo primer equipo de seminaristas figuró, aunque por breve tiempo, debido a tener que usar gafas. Medía, con gran aplomo y serenidad las jugadas, en nuestros frecuentes enfrentamientos con el célebre equipo gerundense «Strong». Destaquemos que así como en el juego en todas sus actuaciones, su gran corrección, sin mengua de un decidido entusiasmo, le hacían simpático a todos, incluso para aquellos dos formidables defensas del «Strong», señores Roca y Bellsolà (Carlos) buen amigo mío también, este último fallecido hace pocos años, y que por los de 1911 y 1912 cursaba los estudios de Bachillerato.

Amante como el que más de todas las manifestaciones artísticas, figuró, durante los años que cursó en el Seminario, en la «Schola Cantorum».

Yo no podría asegurar si era aprensión mía o verdadera realidad, que, en los primeros años después de haber abandonado los estudios eclesiásticos, parecía sentir cierta nostalgia de haberlos dejado, pues preguntaba con acuciado interés —ya alumno de la Universidad de Barcelona— por todo lo que se realizaba de notable científica, literaria o musicalmente en el Seminario. Precisamente era aquella la época en que las llamadas por nosotros «Academias» —reuniones voluntarias de seminaristas externos, internos y jóvenes seculares— llegaron a cobrar inusitado esplendor. Era por los años 1911-1918. Con ellas se disertaba brevemente sobre temas científicos y literarios por alumnos que libremente intervenían ellas. Se celebraban en las mañanas de los domingos, primeramente cada quince días, luego, cada ocho, y llegaron a cobrar mucho renombre, asistiendo, sin previo aviso, a alguna de ellas, el entonces obispo de la Diócesis Ilmo. Dr. D. Francisco Más i Oliver, de santa memoria. Fruto de estas «Academias» fueron luego los Certámenes científicos literarios que dieron al Seminario enorme prestigio. Celebrábanse anualmente y era la Reina de la fiesta de la Inmaculada Concepción, patrona de la Congregación Mariana,

siendo la Junta de ésta la iniciadora de todas esas actividades, así como de la publicación de dos periódicos: «Labor», primeramente, y más tarde, desaparecido éste, «Llum i Vida», que se publicó hasta 1934.

Con relación a estos actos, recuerdo que el Dr. Carreras me pedía siempre mis primeros estudios en el campo histórico, premiados en los Certámenes, así como las admirables composiciones poéticas de otro queridísimo amigo y condiscípulo mío. Mosén Xavier Carbó y Maymí, por quien su hermano Dr. Tomás se interesó sobremanera para que pudiera efectuar estudios de Filología en una Universidad alemana.

Cuando ahora, pasados casi 60 años de aquellos hechos, considero el esfuerzo que representaba todo aquel cúmulo de actividades; sin descuidar, claro está, las principales, como era el estudio de las correspondientes asignaturas, parece que estoy soñando. Nuestro entusiasmo era sin medida, canalizado en el amor a la Inmaculada Concepción; los sacrificios de toda suerte, obligados, y los obstáculos, siempre superados. Digamos también, porque es de justicia, que teníamos un Rector en el Seminario de recia personalidad y de amplísima y penetrante visión, que nunca puso el veto a ninguno de nuestros deseos en el orden antedicho: era el M. I. Dr. D. Antonio María Oms y Paratge, canónigo penitenciario de la S. I. Catedral y primo del gran Ruirá y Oms.

Fuera o no cierta la nostalgia de nuestro amigo por los estudios eclesiásticos abandonados, cosa que, naturalmente, nunca me atrevía a preguntárselo, ni él hizo jamás alusión alguna, es cierto que en el frecuente trato que teníamos yendo yo a su casa o acompañándome él a la mía, se echaba de ver que el vínculo que le unió a sus condiscípulos y amigos del Seminario pervivía espiritualmente. Casi hasta el fin de su vida continuó interesándose por ellos, preguntando por sus asuntos, y para algunos que residían en Barcelona, fue su desinteresado consejero, como me decía dos años antes de morir.

Mientras vivió su santa madre, venía a menudo a Gerona, viéndonos con frecuencia y hablando de toda suerte de temas, especialmente de literatura. Recuerdo que leí, por primera vez, en italiano la obra «I promessi sposi», de Manzoni, que él me prestó. Antes de publicar su tesis «El voluntarismo de Duns Sott», me trazó de ella un diseño tan acabado, que, luego, al leerla, parecía escucharle. En esta ocasión consultóme, por sí, a mi juicio, había en ella algo contra el dogma católico.

Nuestras charlas se fueron espaciando a medida que él se preparaba para opositar a cátedras de Instituto (Palencia, Reus, «Balmes», de Barcelona) en el último de los cuales continuó hasta su jubilación, simultaneando esta cátedra con la de la Universidad.

Por lo que he oído afirmar a alguno de sus alumnos del Dr. Carreras Artau se puede decir lo que de pocos Profesores se puede afirmar: que supo formar, con decidida vocación para la Filosofía, verdaderos discípulos, a los que no sólo su sobresaliente ciencia y vastísima erudición, sí que también su temperamento serio y modesto, yo diría humilde, cautivaba.

Finalmente nuestras relaciones quedaron reducidas casi solamente a comunicarnos por carta, pues eran contadas las veces que venía a Gerona, ya que cátedra, cargos de responsabilidad e investigaciones en el campo de la Historia de la Filosofía hispana, le retenían en Barcelona.

Llegamos al año 1938. Yo desconocía su estancia en Gerona, hasta que, por pura casualidad, me enteré de ella. El motivo de haberse desplazado de Barcelona para venir aquí lo justificaba sobradamente la enfermedad de su santa madre, me parece a últimos de septiembre de aquel año. La alegría que tuve fue inmensa y mucho más al poderle ser útil facilitándole un producto alimenticio, entonces casi desconocido por la carestía que se padecía, y necesario para la enferma. Y con tal triste motivo nos vimos y charlamos largo y tendido, con las debidas cautelas, varias veces, en su casa, hasta ocurrir la defunción de su madre (e. p. d.)

Recuerdo, con infinito agradecimiento, en aquellos diálogos, su interés en enterarse de mi odisea, de mis largos meses de cárcel, mi condena a trabajos forzados, sin juicio alguno, y la muerte de mi padre, estando yo encarcelado.

Tengo todavía clavado en mi corazón aquel su gesto de horror, mientras cogiéndome por los hombros exclamaba: «¿Peró és possible que hakis passat tot aquest calvari?». Tampoco puedo olvidar sus palabras henchidas del hondo afecto que me prodigó, por las que todavía hoy mi corazón se conmueve al recordarlas, como las de su hermano queridísimo.

Terminada la guerra aún fueron más espaciados sus desplazamientos a su ciudad natal; pero, por lo menos, si yo no lo veía, alguna que otra vez en Barcelona, era segura su visita a Gerona, a fines de año en la reunión del «Instituto de Estudios Gerundenses», de cuya Junta Directiva formaba parte. Y en las cinco o seis horas que pasábamos juntos íbamos

IN MEMORIAM

desgranando los recuerdos de nuestros años mozos, como las cuentas de un rosario, amarillentas y ya gastadas, si queréis por el uso, pero siempre vivas y sutilantes en nuestro espíritu, que ya no revivirán más por obra de la palabra.

La muerte, por fin, segó su preciosa vida el 12 de agosto de 1968. Aquel afectuosísimo diálogo de antaño se ha convertido, por mi parte, en monólogo oracional, implorando diariamente la misericordia divina en favor de su alma que, es de creer, goza ya de la vida eterna, porque nuestro Joaquin Carreras fue siempre católico modélico que sentía hondamente y practicaba la fe y la caridad como cuando era seminarista.

TOMÁS NOGUER Y MUSQUERAS